

gloriaba” de “haber cambiado la suerte del Concilio mismo”, a la vez que publicaba trabajos como el “Memorandum per il Sinodo straordinario” de 1985, opuesto a la “política eclesial” de Juan Pablo II y muy recientemente el texto crítico del colaborador Alberto Melloni (Chiesa madre chiesa matrigna).

El coordinador de este trabajo es el prestigioso historiador Giuseppe Alberigo, quien nació en 1926, fue secretario del citado *Istituto* y su director a la muerte de Dossetti, director de la revista *Cristianesimo nella Storia*, y Profesor ordinario emérito de Historia de la Iglesia en la Universidad de Bologna, habiendo dirigido la reciente publicación de una Historia del Concilio Vaticano II. Asimismo trabajó en la preparación de la documentación para la canonización del papa Juan XXIII, en cuya vida es uno de los mayores expertos junto al entonces secretario Monseñor Loris Capovilla. Las Universidades alemanas de Munich, Estrasburgo y Münster le han otorgado el doctorado *honoris causa* en teología. Entre sus múltiples escritos, podemos destacar *Giovanni XXIII. Profezia nella fedeltà* (1978), *Fede, Tradizione, Profezia. Studi su Giovanni XXIII e sul Vaticano II* (1984), *Papa Giovanni* (1987), *La Chiesa nella Storia* (1988), *Chiese italiane e concilio. Esperienze pastorali nella Chiesa italiana tra Pio XIII e Paolo VI* (1988), *Saggi di storia dell'ecumenismo* (1989), *I nodi della fede cristiana oggi. Omaggio a Giuseppe Dossetti* (1993), *Storia dei Concili ecumenici* (1993), *Chiesa e Papato nel mondo*

contemporaneo (1990) y *Papa Giovanni* (2000).

La presente obra –que intenta agrupar los cincuenta primeros años de vida del *Istituto*– se caracteriza por ofrecer a los lectores una cantidad de documentación –en la mayoría de los casos inédita– referida a los orígenes de la iniciativa, sus objetivos “pastorales” y a los testimonios de sus primeros colaboradores Franca Magistretti (sor Agnese) y el propio autor, sucesor en la dirección y Angelina, la esposa de éste. Tampoco es ajena a la vida de la institución la formación de investigadores, la cantidad importante de publicaciones y el papel orientador en la cultura laica encarado por su fundador, aspecto casi omitido en esta recopilación.

Breves cronologías, relacionadas con la instalación de la biblioteca –base del Centro–, de las investigaciones sobre el monacato, de la importantísima actividad vinculada con el Concilio Vaticano II, del análisis crítico del proyecto *Lex Ecclesiae Fundamental* (1969-73), del proyecto *Cristiniatà* (1974-86) y de la organización de la Historia del Concilio Vaticano II permiten un armado datístico de la labor del *Istituto*.

La publicación se completa con diecisiete documentos, considerados básicos para comprender la actividad y desarrollo en los cincuenta años de vida, que van desde un *excursus* biográfico de Dossetti hasta el citado *Memorandum* por el Sínodo extraordinario de febrero de 1985, pasando por sendos informes al cardenal Lercaro (de 1953, de

1957 y de 1963), diversos informes de Dossetti sobre proyectos y actividades del Centro y un interesante –y sugetivo– informe de agosto de 1978: “Per un rinnovamento del servizio papale nella Chiesa alla fine del XX secolo”.

Una interesante colección de fotografías en colores completa la imagen del *Istituto* y sus actividades.

De su lectura surge claramente la línea orientadora de su fundador, que podemos apreciar aún en su actualidad (cf. Il Concilio di Bologna. Fortune e tramonto di un sogno di riforma della Chiesa, en: www.chiesa.espressoonline.it del 28-III-2000).

En suma, un material de gran interés para conocer algunas de las corrientes internas que influyeron en la vida de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XX y que nos permite un acercamiento –y comprensión– más exactos de los acontecimientos que signaron esa época.

FLORENCIO HUBEÑÁK

M. CASTAGNINO – J. J. SANGUINETI, *Tiempo y Universo – Una visión filosófica y científica*, Buenos Aires, Catálogos, 2006, 388pp.

Quid est ergo tempus? Si nemo ex me quaerat, scio; si quaerenti explicare velim, nescio. La tan conocida frase de San Agustín es siempre bienvenida cuando se trata de introducir la cuestión del

tiempo. Pues ocurre que la principal certeza sobre el tiempo, o acaso la única, es la de su avasalladora dificultad. No obstante, sigue cautivando a pensadores y poetas desde hace milenios. Todos parecen haber sucumbido en tan intrépida navegación, pero los que no somos tan audaces siempre podemos recoger algo del naufragio. Así es el tiempo...

No obstante la prolífica y despareja bibliografía ya publicada sobre el tema, esta nueva contribución que hoy queremos presentar es bienvenida por varias razones. La principal es la calidad misma de la exposición, muy a tono con los antecedentes de sus autores. Pero lo que la destaca también es el formato mixto, filosófico y científico, bajo el cual está presentada, y que a nuestro juicio es toda una novedad y una sugerencia. Sin duda existen varios antecedentes de abordaje multidisciplinario. Queremos recordar aquí, y valga como homenaje, la preciosa monografía del Dr. Juan E. Bolzán *El tiempo de las cosas y el hombre*. Desde su privilegiada posición de científico y filósofo, el autor transita por la temática del tiempo dando un notable testimonio de las potencialidades que contiene un enfoque integrador, y adoptando un argumento de espíritu similar al del texto que comentamos. Pero está claro que sus pretensiones eran más modestas, casi divulgativas, aunque no por ello menos válidas. En este caso lo más contundente es que son dos los autores, cada uno de ellos acreditado con las más altas calificaciones en su especialidad, como si no quisiera darse lugar a dudas acerca del

valor autónomo de cada una de las disciplinas convocadas. Pero al mismo tiempo son estudiosos reconocidos por su vasta preparación cultural, por su vocación de apertura y su particular sintonía mutua. El Padre Sanguineti conoce al dedillo, por formación y carisma, el áspero ambiente de las ideas científicas. Sus trabajos en el campo epistemológico se acumulan desde hace 30 años y lo ubican como una autoridad en el género. El Dr. Castagnino exhibe una vasta trayectoria como investigador, y al mismo tiempo lo distingue su fina sensibilidad para la problemática filosófica y religiosa, unida a una rara e invaluable cualidad didáctica. Hemos tenido la oportunidad de comprobarlo al escuchar alguna conferencia o leer reportajes en diarios de alta circulación local.

Agreguemos, como otra virtud –bien entendida–, la rigurosa actualización bajo la cual se presenta el asunto. Decimos bien entendida porque no se trata, como diría Maritain, de profesar una suerte de “cronolatría” que deseché todo pensamiento de más de 10 o 20 años. Parafraseando a uno que sabe, “estamos en el tiempo pero no somos del tiempo”. Sin embargo, uno de los aspectos más ríspidos y delicados de la relación entre filosofía y ciencia tiene que ver, justamente, con la manera peculiar que cada una de ellas tiene de vivir en el escenario histórico. La filosofía es, en tal sentido, una meditación pretendidamente instalada *sub specie aeternitatis*. Sin renunciar a lo concreto y epocal, busca sin descanso alcanzar las razones absolutamente primeras, universales

y necesarias de todas las cosas. La ciencia, por su parte, indaga en el mundo de los detalles, de las propiedades particulares, de la descripción pormenorizada y las redes teóricas que hacen posible justificarla, siquiera provisoriamente. Y eso la coloca en un estado de devenir más activo, por momentos frenético, que puede incluso derivar en el desconcierto. Así pues, el diálogo interdisciplinario exige continuos ajustes de ritmo y una sofisticada sincronización de perspectivas, donde resulta impostergable, en especial por el lado de la ciencia, el estar al día con los avances y las inquietudes de los especialistas. Hasta tal punto este libro ha cuidado ese detalle, que según lo anuncia el Dr. Castagnino en la *Introducción* a la parte a su cargo, “Entre la redacción del texto italiano y la publicación de su traducción en castellano han transcurrido casi tres años durante los cuales muchas cosas se han aprendido –y he aprendido–. Por ello agregamos en notas al pie de página algunas actualizaciones imprescindibles y comentarios oportunos” (199). No podría pedirse más.

A esta altura ya es posible identificar una metafísica y una epistemología subyacentes en la obra. La visión de los autores se afianza en un sólido contexto realista y de pluralismo gnoseológico. La filosofía y la ciencia se reconocen como dominios independientes aunque atentos a un intercambio recíproco. La temática del tiempo proporciona un ejemplo paradigmático. En efecto, la filosofía, habituada a nutrirse de la experiencia natural de las cosas,

quedaría muy limitada a partir de la vivencia cotidiana y superficial del tiempo, anclada en imágenes y concepciones esquemáticas e ingenuas. Para superar esa estrechez debe escuchar el testimonio de la ciencia, que no sólo permite examinar críticamente la percepción vulgar de la temporalidad –por ejemplo, su objetividad, su regularidad o su dirección irreversible– sino que incorpora planteos específicos, tanto de orden teórico como metodológico, que reclaman una profunda evaluación desde el punto de vista filosófico –lo cual es particularmente perentorio en el caso de la física relativista y las cosmologías cuánticas–. Al mismo tiempo, los científicos no disimulan su estupor al reflexionar sobre los posibles sentidos ontológicos que guardan sus crípticas ecuaciones. Acostumbrados a un uso más bien operacional de la variable tiempo, pronto alcanzan alturas de especulación que los impulsan a una búsqueda trascendente, donde señorea la sabiduría filosófica.

La parte del libro dedicada a lo filosófico es apenas unas pocas páginas más extensa que la parte científica. Si bien se aclara que dichas partes tienen cierta unidad propia y pueden leerse en orden indistinto, llama un poco la atención el haber empezado por la filosofía. Lo habitual es que la ciencia hable y la filosofía interprete. En este caso se ha preferido otro procedimiento, si se quiere más “horizontal”, y con un clima verdaderamente dialogante que suscita en el lector una disposición confortable y desinhibida. Se nota con frecuencia el interés de cada autor por remi-

tir a los comentarios del otro, invitando a recorrer el texto de manera casi pendular. Al principio el intento de seguir ese itinerario puede resultar fatigoso o perturbador, pero da la oportunidad de descubrir el trasfondo unitario de toda la obra y la delicada trama que urden el discurso filosófico con el de la ciencia.

La primera parte, “El tiempo de la naturaleza en la perspectiva filosófica”, está dividida en tres capítulos, dedicados al tiempo natural, al tiempo en la física y al tiempo en el hombre. Luego de una precisa aproximación fenomenológica, la descripción de la temática del tiempo en las diferentes ramas de la física proporciona un panorama accesible y muy ilustrativo. Con inusitada solvencia el autor visita los arduos vericuetos de las teorías actuales proponiendo una síntesis de cada perspectiva y los interrogantes que suscita. También hay lugar para un inventario de las posturas filosóficas acuñadas en la Antigüedad, el Cristianismo con la originalidad de su proyección histórico-salvífica y, desde luego, la preocupación antropológica que prevalece en los últimos tiempos. El capítulo 3 contiene además oportunas consideraciones que proceden de la reflexión teológica.

Para Sanguineti, en conclusión, el tiempo “es una manifestación y una articulación del ser”, que puede asumirse como *devenir* o intermedio entre no-ser y ser, como *crecimiento* del mismo ser que se despliega en esa coordenada, o bien como *libertad* u oportunidad para la donación consentida del ser, propia de la realidad humana. “En la fase aún no

acabada en la que nos toca existir, el tiempo se manifiesta sobre todo como el hacerse progresivo del ser finito, en su relación trascendental con el Infinito.”

Al pasar al ámbito de la ciencia se percibe un cambio de registro, donde rápidamente proliferan los tecnicismos, las definiciones estructuradas y la simbología característica de la formalización lógico-matemática. Sin embargo, el Dr. Castagnino hace alarde de claridad y llaneza, y si bien las fórmulas y los diagramas siempre parecen excesivos para un lego, se tiene constantemente la sensación de que podría ser mucho peor, y que es mérito del benevolente autor el dejarnos avanzar con la mínima dosis de cálculo.

De entrada se establecen los dos parámetros básicos de la definición de tiempo. En primer lugar, se diferencia el tiempo como concepto derivado, presente en la tradición de Aristóteles, Leibniz y Mach, del tiempo como noción primitiva e intuitiva, según lo entendía Newton. La discusión de fondo es si los eventos determinan las coordenadas, o al revés. En segundo lugar, se plantea la posibilidad de que la asimetría pasado-futuro sea substancial –o real– o puramente convencional. Castagnino muestra las consecuencias de ambos enfoques en los diferentes campos del saber físico: la mecánica clásica, el electromagnetismo, la mecánica estadística, la mecánica cuántica, la relatividad especial, la teoría cuántica relativista, la relatividad general, la teoría de campos y la gravedad cuántica, en varios casos aplica-

do a la cosmología. Al cabo del largo trayecto nos propone su conclusión: el tiempo nace de la situación de movimiento relativo y se construye por derivación de la operación de un observador que mide. La existencia precede al tiempo, y si bien casi todas las leyes de la física se enuncian en condiciones de simetría temporal, hay una flecha cosmológica que orienta al Universo hacia un estado de equilibrio de manera irreversible. No es, pues, una flecha meramente gnoseológica sino propiamente ontológica. Así, por senderos muy diferentes y bajo un entorno conceptual altamente formalizado, reencontramos las mismas conclusiones del P. Sanguinetti.

¿Concordismo? No, seguramente algo más sutil. Se trata de balancear la semántica propia del relato científico con una perspectiva más amplia, que por decirlo así pone los pies firmes sobre la tierra. En cada entorno teórico de la física aparecen requisitos de conceptualización muy peculiares. A veces, como en la mecánica estadística, se desvanece la idea de individuo en beneficio de un conjunto o muestra. A veces, como en relatividad, se introduce como pauta un sistema de referencia dado. Y a veces, como en cuántica, la cuestión es lo que estrictamente puede ser observado. Pero más allá de todos los sesgos, dice Castagnino, hay una intuición de la realidad desde la cual puede reasumirse el modelo teórico ajustándolo a los límites “de lo físicamente admisible”, por ejemplo al aparear la asimetría temporal con la relación causa-efecto, o al reconocer la individualidad y la reali-

dad substancial de las partículas aunque más no sea por sus efectos macroscópicos.

En definitiva, se trata de no abandonar la idea de que la física, y con más razón ella, nos ofrezca un acceso válido a la realidad natural de lo cotidiano de la existencia humana. Sólo entonces tendrá sentido emprender el diálogo y aspirar al beneficio fundamental de la causa de la verdad.

Hacemos una observación final sobre la calidad de la edición, cuyas desprolijidades manifiestas son, desde ya, ajenas a la responsabilidad de los autores. Se aprecian saltos de un renglón a otro por la mitad, palabras mal escritas, la ausencia de todos los gráficos citados en el cuerpo del escrito –sólo hay algunos dibujos y esquemas– y del índice general. ¡Hasta quedó un párrafo entero sin traducir del italiano! En fin, negligencias incomprensibles que, por suerte, no son más que la escenografía desteñida de una representación de alto nivel académico y literario.

OSCAR H. BELTRÁN

RONALD W. RICHARDSON, *Becoming a Healthier Pastor. Family Systems Theory the Pastor's Own Family*, Minneapolis, Fortress Press, 2005, 150pp.

El libro de Ronald Richardson se puede encuadrar dentro de la psicología pastoral, en un género literario que se publica

mucho en EE.UU.: *Pastoral Care o Pastoral Counseling*. En esta línea hay una amplia gama de publicaciones, surgidas en general en el contexto de las comunidades evangélicas, que abordan distintos tópicos relacionados con el rol del/la pastor/a en la comunidad cristiana, la consulta de consejo pastoral o el acompañamiento espiritual.

En esta oportunidad el autor, quien es un pastor retirado y formador en un centro de *Counseling Pastoral*, utiliza la teoría sistémica familiar creada por el Dr. Murray Bowen, para aplicarla a la dinámica relacional de las comunidades eclesiales.

Richardson establece una relación muy interesante entre los conflictos que se dan en la comunidad que el/la pastor/a anima, la familia que el/la pastor/a ha formado y la familia de origen de esa misma persona. La afirmación de base, ampliamente documentada desde la teoría de Bowen e ilustrada con gran cantidad de ejemplos, es la siguiente: el/la pastor/a, va a tender a reproducir tanto en la familia que forme, como en la comunidad eclesial que preside, coordina o anima, el modelo familiar de su propia familia de origen. Mientras el/la pastor/a en cuestión no sane los vínculos problemáticos de su familia de origen, las soluciones en los otros dos grupos –familia que él/ella ha formado y comunidad eclesial–, serán siempre parciales y los conflictos tenderán a replicarse siempre y llamativamente con una misma matriz.

El libro tiene tres partes: en la primera, se plantea la cuestión que acabamos de describir, señalando al-